

que sin pretension de ningun género substituyó á Escalante en la *Orquesta*, y que dia á dia ha ido alcanzando mayor nombradía; pero Hernandez con posterioridad se ha dedicado especialmente á los "retratos al lápiz" en que nadie le aventaja hoy; seguramente porque no era caricaturista por vocacion. D. José María Villasana es el que, á decir verdad, reúne en nuestros dias mayor número de circunstancias para poder llamarle sucesor de Escalante, aunque su "manera" es distinta. Su mérito es grande.

Alamilla tenia facilidad extrema, inspiracion muchas veces; pero Alamilla, tal es al ménos nuestra opinion, siguió un rumbo extraviado y degeneró. Además, Alamilla en vez de frecuentar los buenos círculos sociales, en vez de aspirar á elevarse, bajó con frecuencia á una senda que no era por cierto la que habia de conducirle á la gloria.

Como quiera que sea, aun opinando como opinan muchos, que las caricaturas de Villasana marcan un gran adelanto en este género y tienen no poca semejanza con las mejores caricaturas francesas; aun suponiendo que álguien llegue á aventajar á Escalante, nadie podrá arrebatárle á éste la gloria de haber sido él el primer caricaturista mexicano de fama. Y aun hay más todavía. A ninguno puede aplicarse con más justicia que á Escalante, la observacion de un eminente literato frances que dijo que muchos jóvenes que hubieran podido ser grandes artistas, se han dedicado á la caricatura, como ha sucedido con algunos buenos escritores, que pudiendo dejar libros de mérito, se han hecho periodistas.

Escalante tenia génio para la pintura; se habria distinguido sobre todo por la composicion, y sus telas habrian pasado á la posteridad seguramente con grande estima. Como pintor de retratos, difícil habria sido aventajarle, á juzgar por la facilidad portentosa con que trasladaba á la piedra litográfica los rasgos de las personas á quienes queria poner en caricatura, bastándole oír el nombre para recordar las facciones del individuo y reproducirlas.

México nunca deplorará bastante la muerte del popular artista!

ESCOBEDO, Pedro.

¡Dichoso el hombre cuya memoria no se disipa con el polvo de sus huesos! ¡Dichoso el ciudadano que amó á sus semejantes y fué amado por ellos! ¡Dichoso el patriota que empleó su vida sin mancha en objetos de utilidad pública! ¡Dichoso D. Pedro Escobedo, porque honró á su nacion y porque le sobreviven sus laudables ejemplos!

Así exclamaba uno de nuestros más distinguidos compatriotas, en los momentos en que, considerándose la muerte del ilustre doctor como una calamidad pública, fué conducido su cadáver, de Jalapa á la capital, y recibido con respeto y estimacion, por médicos, abogados, ministros, militares, poetas y literatos. Así exclamaba el excelentísimo Sr. D. José María Tornel, y así exclamamos nosotros hoy que trascurridos cuarenta años despues de tan lamentable suceso, tomamos la pluma para revivir la memoria del que supo conquistar tan encumbrado puesto entre los hombres de su época.

Nació D. Pedro José Alcántara Escobedo y Aguilar, en la ciudad de Querétaro, el 19 de Octubre de 1798. La aplicacion é inteligencia que demostró desde que dió principio á sus estudios, le proporcionaron premios y distinciones que no eran comunes, y ménos á los que como él, cursaban como alumnos externos y no se dedicaban á la carrera eclesiástica.

Graduóse en la Universidad de México en artes, el 26 de Octubre de 1810 y en el mismo año comenzó á estudiar medicina en la misma Universidad, en la Escuela Nacional de Cirugía y en uno de los mejores establecimientos de farmacia que entónces habia en la capital. Pasó en seguida al Hospital de San Andrés como segundo practicante mayor, y en Octubre de 1822 ascendió á primero.

En 1824 suscribió una representacion sobre instruccion pública; fué uno de los fundadores de la Academia de Medicina

práctica, y sirvió además la cátedra especial de operaciones que hubo en México, donde dió dos cursos completos, de Enero de 1826 á Julio de 1828.

En 1832, cuando se estableció un canton militar en Jalapa, prestó al cuerpo médico de aquellas fuerzas, servicios muy recomendables, lo cual le valió el aprecio de los jefes y oficiales de la division.

En 1833, de regreso á la capital, desde Jalapa se le nombró catedrático de operaciones del establecimiento de Ciencias Médicas, y despues su vice-director.

En 1844 trabajó asiduamente por reformar este establecimiento, y estableció juntas de sanidad, y con el pago de un crédito que consiguió pagase el gobierno, facilitó la impresion de la interesante obra "Farmacopea Mexicana."

A sus numerosos discípulos no sólo les comunicaba sus sábias lecciones, sino que los cien pesos que recibia como catedrático del Colegio de Medicina, los gastaba en libros y en instrumentos que repartía entre aquellos.

Escribió varios tratados y memorias sobre puntos difíciles de su facultad, y en los periódicos literarios de la época artículos interesantes sobre la ciencia médica.

Habiendo sanado de una peligrosa enfermedad á la esposa del general Santa Anna, cuando éste fungia en la presidencia, le dispensó aquel general su favor, que aprovechó Escobedo en bien del Colegio de Medicina, que era objeto de su amor y predileccion.

Como recompensa de su mérito, fué nombrado socio de las sociedades de Instruccion Pública y Literatura, socio corresponsal de las academias médicas de Madrid, de Paris y de Guadaluajara, miembro de la Compañía Lancasteriana de esta capital, de la Academia de Bellas Artes, de la de Literatura de San Juan de Letran, del Ateneo Mexicano, de la Junta directiva de estudios, del Consejo de Salubridad y de otras corporaciones.

En medio de sus ocupaciones científicas y humanitarias, tambien pagó su tributo á la política del pais y fué electo diputado notable, y senador al Congreso Nacional.

Empezó á padecer de una irritacion provenida de debilidad en el estómago; y apesar de que se fué á Jalapa con la esperanza de restablecerse en aquel clima templado, no pudo verificarse ésto, y murió en aquella ciudad el 28 de Enero de 1844.

A grandes rasgos hemos trazado la vida de Escobedo, para dar cabida á algunos juicios de personas doctas, acerca de sus grandes cualidades.

Útiles son, y mucho, para la historia, las fechas que en las noticias biográficas se contienen, porque sin ellas no seria posible asignar á cada época los personajes que le corresponden, ni medir, por consiguiente, el grado de cultura á que en esas mismas épocas se llegó. Pero los rasgos característicos del individuo, la apreciacion de sus acciones personales y de sus obras científicas ó literarias, la opinion de sus coetáneos, interesan más vivamente en los trabajos de la índole del nuestro, encaminados á acopiar lo que á otros y no al autor puede ser útil.

En el elogio fúnebre pronunciado por el Dr. D. Manuel Carpio, uno de nuestros más renombrados poetas y facultativos, se encuentra el siguiente pasaje que da perfecta idea de la importancia de los servicios del Doctor Escobedo á la ciencia médica: "Duro y penoso, dice, es volver los ojos atrás para contemplar el cuadro de la literatura mexicana en tiempo de los vireyes. Por causas multiplicadas que no es del caso referir, miró la corte con desdeñosa frialdad, y á veces con aversion, los conocimientos profundos, señaladamente de las ciencias naturales, y puso sobre ellas una mano ardiente que secó sus hojas, y sus frutos, y sus raíces, como hace con las plantas el viento del desierto. Se daba la enseñanza bajo planes truncados y con métodos embarazosos é incoherentes, sin libros, sin proteccion y hasta sin esperanzas; de semejante estado de cosas, no podia resultar en los jóvenes sino una especie de indiferentismo literario, y el desaliento y el fastidio, y un mortal desconsuelo, porque es inconsolable la desesperacion. Esto no quiere decir que en medio de tan grave desconcierto faltasen génios resueltos y laboriosos que con sus esfuerzos personales se sobrepusiesen á su siglo y manifestasen que la asiduidad en el trabajo arrastra con todos

los obstáculos que le opone la naturaleza y la sociedad. No era dable que el alma generosa y positiva del Sr. Escobedo se quedase impassible y tranquila, cuando hecha ya la independenciampepezaban á agitarse y combinarse los elementos de las cosas como allá en el antiguo caos: este hombre conoció que la transicion vigorosa que acababa de efectuarse en la política, debía refluir en la suerte de las ciencias, y como veia bastante claro, llegó á entender que, aunque difícil, no era impracticable la reforma en la enseñanza de la medicina. Como esta idea noble era filantrópica, les ocurrió tambien á otros amigos suyos que, cual él, deseaban vivamente los adelantamientos de la profesion y el bien de la humanidad, y les fué tan fácil combinarse en los planes, como embarazoso ejecutarlos: pasiones é intereses, preocupaciones, y aún candores, se cruzaron y chocaron de mil maneras, y la fuerza resultante de aquellos elementos retardó inmensamente el movimiento de reforma que debiera ser tan natural. El Sr. Escobedo emprendió la obra, y no levantó de ella la mano hasta su muerte. Admiran aquella tenacidad, aquella buena fé, aquel desinterés que siempre manifestó en su proyecto, y sólo viéndolo puede creerse, que en más de veinte años de trabajo y porfía para llevarlo á cabo, no se notase ni desaliento ni frialdad, y es que le tocó una alma fuerte y buena, incansable y honrada. Fundado ya el establecimiento en 1833, aún le quedaban á este benemérito profesor fatigas que sufrir y obstáculos que vencer, porque una empresa nueva está siempre rodeada de enemigos ó de descontentos, ó de gentes que tienen el oficio tan triste como estéril de censurarlo todo, y de aquí que llevara la Escuela sacudimientos tan fuertes, que á no ser por la constancia del Sr. Escobedo y de sus compañeros, habria venido á tierra el edificio; pero la firmeza de aquella voluntad resistia las tempestades, al paso que negociaba á favor de su proyecto en diversos Ministerios, entre sus numerosos amigos, con heroica importunidad. Mientras trabajaba por afuera, dedicaba horas preciosas al servicio interior de su cátedra, con tal desprendimiento, que por algun tiempo léjos de percibir sueldo, hacia desembolsos de su parte, como el resto de los catedráticos."

Extiéndese en seguida el doctor Carpio en la relacion de las tareas benéficas de Escobedo: de sus servicios en la cátedra de operaciones, de su amor á la juventud estudiosa, á la que donaba libros é instrumentos, de la que era verdadero padre; de su cooperacion en el periódico de la Academia, de sus virtudes como médico, de su filantropía sublime, terminando con llamarle "bueno entre los buenos y el primero entre los primeros:" frase que, en nuestro concepto encierra el más perfecto elogio que de un hombre puede hacerse.

No ménos elocuente es el elogio de Escobedo por Tornel, y de buen grado lo reproduciríamos íntegro. Pero ya que no nos es dado hacerlo, copiaremos uno de sus pasajes más brillantes.

"Digno era Escobedo de encomios, y aun de aplauso, por haber procurado con el celo de las almas ardientes, adquirir para sí una ciencia, huérfana en México, vista con desden en su mezquino plan de estudios, abandonada á investigaciones estériles y aisladas, sin ruido, sin aparato, sin prestigio, sin algunos de esos arreos y adornos que atraen y seducen la juventud, al decidirse por alguna carrera. El ciudadano que se levanta sobre los demas por sus meditaciones, que sobresale en conocimientos útiles, que alcanza y gana para sí una gloria, es una riqueza para su patria, porque su gloria es el conjunto, es el resultado de la nombradía de sus hijos. Y cuando éste ciudadano privilegiado es además comunicativo, cuando se difunde como la luz de la atmósfera, cuando rechaza el egoismo, esa tentacion, esa marcha de tantos hombres notables por su génio, entónces la gratitud pública le sigue, le acompaña, le recompensa, por que nada es más propio, nada más justo, que el que las afecciones y el amor se coloquen en torno del que ha sido *todo para todos*. Escobedo recibió de la naturaleza un talento perspicaz y analizador, una grande aptitud para las ciencias positivas, que felizmente cultivó, dándose á la lectura de las obras maestras; un deseo inagotable de saber, de observar y comprobar, que al fin le colocaron en una altura de reputacion, que los rivales no perciben si no es alzando los ojos. Cuando ya estaba, por decirlo así, repleto de ciencia; cuando la opinion le habia proclamado

el primer médico de la República, sintió el desconsuelo de que no existiera en ella un establecimiento de estudios médicos, en que pudieran aleccionarse los jóvenes aplicados en los adelantos de esta facultad, eminentemente progresiva, y en tantos ramos que parecen accesorios y que forman sin embargo, el completo de la ciencia. En Escobedo, la fuerza y la constancia de voluntad eran iguales á esas concepciones fecundas y apasionadas que producian en él un enagenamiento misterioso, y que revelaban los brillantes secretos de su imaginacion. ¡Cuántos embarazos, cuántas dificultades hubo de vencer, para dar realidad á su favorito pensamiento, para mantener y conservar la obra de sus honrosos afanes!

“Empresa difícil seria enumerar los pasos que ESCOBEDO dió, las fatigas que empleó hasta que vió erigido en el *establecimiento de ciencias médicas*, un monumento de gloria para su nacion, un monumento más duradero que el bronce: *aere perennius*. Asociando á sus designios los talentos más señalados de la facultad, á esos filántropos que acertaron á comprenderlo, que supieron felizmente imitarlo, lo volvió inmortal; y no ha terminado ESCOBEDO su apacible vida, sin legar al mundo científico una generacion formada, un pueblo nuevo que se dirige por sus inspiraciones, y que se guía por sus ejemplos. Epaminondas, el héroe Tebano, exclamaba al morir: *Dejo dos hijas inmortales, Léutres y Mantinea*. ¡Cuánto más preciosa é inmortal es la hija amada de ESCOBEDO; esa hija de la caridad cristiana y de la beneficencia del filósofo, que no arrancó lágrimas á los vencidos, y que llora por la primera vez, ahora que pasó á mejor vida el grande y moderado ciudadano!

“No porque ESCOBEDO habia proclamado la era futura de la ciencia descansó en el ejercicio de su virtud instintiva: un enfermo, rico ó pobre era su amigo; un doliente desvalido, el mejor de sus amigos. Así se explica cómo ha muerto sin recursos aun para curarse, el médico á quien rogaban el magnate y el poderoso, que se acercara á su lecho, y que recibian como favor, que pronunciara unos cuantos oráculos de esperanza y de vida.

“Cuando yo observo que los pobres rodean un ataúd, que suspiran y sollozan, que empapan sus andrajos con calientes lágrimas, no exijo ya el panegírico del difunto: la escena muda del dolor, la del sentimiento de los que vinieron al mundo sólo para sufrir y padecer, es el epitafio tiernísimo del que *hizo bien en la tierra y es llorado porque se hunde en ella*. Aborrezco yo y me aparto del vulgo profano de los dominadores, de los reyes y de los aristócratas, para acompañar el humilde cortejo del bienhechor de los hombres, cuya muerte no se anuncia con el estrépito del cañon, con el ruido del clarin de las batallas, con un espectáculo de vanidad y de pompa, con una comedia en que se divierte el pueblo, como se divertiría en el circo un pueblo de romanos, y un pueblo de españoles en una corrida de toros.”

La República no debe olvidar jamás á un hijo tan esclarecido como el que acaba de ser objeto de este artículo.

ESCUADERO, José A.

El Sr. Lic. D. José Agustín Escudero nació el 22 de Junio de 1801 en la entonces villa del Parral que lleva actualmente el nombre de Ciudad Hidalgo, en el Estado de Chihuahua.

Recibió una educacion esmerada en el lugar de su nacimiento y pasó luego á la capital del Estado á hacer sus estudios preparatorios, y continuó hasta completar el de jurisprudencia; más como no existia en aquella época en Chihuahua universidad ó colegio superior autorizado para conceder grados, Escudero se resignó á aplazar para más tarde la adquisicion del título.

En 1825, fué nombrado oficial mayor de la secretaría del gobierno de Chihuahua, puesto que desempeñó con grande acierto, y fué sucesivamente: juez de imprenta, miembro supernumerario del Tribunal Supremo, vocal del tribunal especial para juzgar

á los salteadores, jefe político y presidente del ayuntamiento, magistrado del tribunal supremo y despues en propiedad.

Habiendo recibido en Guanajuato el título para ejercer la abogacía, se matriculó en el colegio de abogados de México, y fué en seguida nombrado juez de Distrito de Chihuahua, empleo que desempeñó durante diez años, con tales inteligencia y rectitud que jamas se produjo queja alguna, ni aún amonestacion de sus superiores, por faltas ú omisiones.

Su Estado natal se hizo representar por él en el Senado federal, durante cinco legislaturas, y fué dos veces diputado al Congreso de la Union. Su conducta irreprochable, su instruccion y su aptitud, bien conocidas del gobierno y de todo el mundo, le grangearon general estimacion en la capital de la República, y los nombramientos de ministro suplente del tribunal supremo de Guerra, y fiscal propietario del mismo, que sirvió hasta declarársele la jubilacion correspondiente á este último destino.

Miembro del Congreso en 1847, en aquel año de luctuosos recuerdos para la patria, Escudero fué uno de los más honorables representantes. Tras la lucha de los partidos en que la nacion estaba dividida, vino la inícuca invasion de nuestros jurados enemigos los americanos del Norte. La escasez de recursos, las luchas parlamentarias, la presencia del enemigo extranjero, y otras varias circunstancias, hacian sumamente difícil y delicada la posicion de los diputados, Escudero que no quiso pertenecer á bandería alguna, encontróse en peor situacion que los demas representantes, y supo, á pesar de tal cúmulo de dificultades, sobreponerse á las pasiones políticas, manifestar una imparcialidad sorprendente y procurar con celo y eficacia laudables el bien de Chihuahua, promoviendo que se impartiesen á aquel Estado los auxilios urgentes é indispensables para repeler la inícuca invasion yankee, y si los azares de la guerra, si la torpeza de los principales jefes de nuestro ejército, si la antipatriótica division de los mexicanos, hicieron que el país sucumbiera en guerra tan injusta, á Escudero cábele la gloria de haber intentado como buen ciudadano cuanto convenia á la honra de la

nacion. Para satisfacer á sus comitentes imprimió unas memorias, con documentos justificativos, que, como dice muy bien uno de sus biógrafos, el Sr. Espinosa, podian servir para la historia del Congreso constituyente del año de 1847.

“En estas memorias—dice el escritor que acabamos de citar—se ve probada hasta la evidencia, no sólo su decision por su país natal, sino su amor desinteresado á la patria, su imparcialidad, su deseo de encontrar el acierto y su amor al trabajo ó desempeño de su encargo, y por esto al informar á sus comitentes de la manera con que mejor pudo comprender sus deseos y promover los grandes intereses que le fueron confiados, les dice que su narracion no tiene más mérito que el que le da la verdad, más atractivo que el de los sucesos á que se refiere, ni más encantos ni bellezas que la sencilla revelacion de pormenores que no estaban al alcance de sus conciudadanos. En este escrito, á la verdad, se dan á conocer las dotes y cualidades del Sr. Escudero.”

Como estadista, prestó al país servicios inolvidables. Los estudios por él publicados sobre Durango, Chihuahua, Nuevo Leon, Sonora y Nuevo México, encierran noticias interesantísimas sobre el origen, costumbres, situacion, idiomas y elementos de esas fracciones del país, y no vacilamos en asegurar que quien quiera tratar sobre el mismo asunto, no debe prescindir de conocerlos.

Además, escribió los opúsculos y obras siguientes:

“Conducta del jefe político de Chihuahua, J. Agustin Escudero, analizada por el señor ministro fiscal del Supremo Tribunal de Justicia del Estado.”

“Respuesta que da un chihuahuense á la décima novena pregunta de las que en 15 de Diciembre de 1830 circuló la direccion del Banco de avío para fomento de la industria nacional, establecido en la ciudad de México.”

“Informe legalmente justificado, vertido por el ciudadano J. A. de Escudero, actual magistrado de la primera sala del supremo tribunal de justicia del Estado de Chihuahua, ante el honorable Congreso del mismo, erigido en gran jurado.”

"Adiciones á las respuestas de un chihuahuense."

"Reflexiones sobre la guerra de los indios bárbaros en el Estado de Chihuahua."

"Manual del Cultivador."

"Manual del Viñador."

"Ordenanzas de tierras y aguas."

"El escribano instruido."

"Recopilacion de los decretos y órdenes del rey D. Fernando VII, que se reputan vigentes en la República Mexicana, con las notas del dia de su publicacion y concordantes con las leyes que en ella se citan."

"Repertorio de Legislacion Mexicana en forma de Diccionario."

En *El Mosaico*, en *El Siglo XIX*, en *La Sociedad* y en el *Registro Oficial* se encuentran muchos artículos y opúsculos del distinguido escritor chihuahuense, que seria prolijo enumerar.

La Sociedad de Geografía y Estadística, desde su fundacion le contó entre sus miembros más distinguidos.

Falleció el Sr. Escudero el dia 3 de Mayo de 1862, dejando grata memoria.

ESPINOSA, Pedro.

La gratitud y el respeto de un pueblo han rodeado el nombre del Illmo. Sr. D. Pedro Espinosa y Dávalos de una aureola brillante cuyos resplandores no han podido opacar ni el curso de los años que todo lo destruye, ni el embate de las pasiones que, como un torrente, lo aniquila todo. Es que la virtud nunca muere, es que al desaparecer las generaciones, legan á las que las reemplazan el recuerdo de los buenos, y es tambien que las obras de éstos les sobreviven siempre.

Guadalajara, que bendice la memoria de aquel ilustre varon,

cuya caridad derramó por donde quiera sus tesoros, como derrama el sol su luz para iluminar lo mismo la humilde choza que el espléndido palacio; Guadalajara, que nunca legará al olvido el nombre de fray Antonio Alcalde, conservará con la misma ternura, con igual reconocimiento, el del virtuoso prelado de quien vamos á hablar.

Nació el Sr. Espinosa en Tepic, el dia 29 de Junio de 1793, y en la ciudad de Guadalajara hizo su educacion y su brillantísima carrera en el Seminario, encomendándosele aquellos actos literarios con que en los planteles de instruccion se hace público alarde de los adelantos que en él se obtienen.

La Universidad le confió la cátedra de Sagrada Escritura, le dió los grados de teología con aplauso de los doctores del claustro, y le nombró sucesivamente catedrático de filosofía y de teología dogmática.

Habiendo abrazado la carrera de la Iglesia, el Sr. Cabañas, obispo á la sazón de Guadalajara, le nombró su familiar, le empleó en las más honrosas comisiones, le dió la direccion del Colegio clerical, la del de San Diego, le nombró promotor, visitador de parroquias y colegios, y, en una palabra, estimando en lo que valian sus ciencias y sus virtudes, hizo de él su más poderoso auxiliar.

"Los negocios más árduos, las comisiones más importantes, y todo aquello que demandaba el mayor tino, la mayor prudencia y las mayores luces, dice uno de sus biógrafos, se ponía en manos del Sr. Espinosa."

Habiendo obtenido por oposicion un lugar en el consejo del prelado, es decir, en el cabildo eclesiástico, debióse á su genio organizador el arreglo de los negocios, el embellecimiento de la catedral y el esplendor del culto en ese y en los demas templos, empleando en las obras dinero de su propio peculio.

El Sr. Espinosa, que habia gobernado ya la mitra con singular prudencia y grande celo, fué preconizado obispo, y fué consagrado en su misma catedral el dia 8 de Enero de 1854, tomando posesion en forma el dia 15 del propio mes.

Una vez revestido el Sr. Espinosa de la dignidad episcopal,